

asesinato
Florentino y Molina R.

M E L L A.-

Hacía mucho tiempo, largos años, que no sentía ningún dolor en su brazo derecho. Ahora le dolía intensamente. El dolor se mezclaba a la luz mortecina, que se abría paso por el estrecho ventanuco. Se mezclaba al día. Al grito de los pájaros. A las voces humanas. A las carreras. Jugaba con el viento del sur y luego, con los muros, con la piedra helada donde apoyaba su mejilla tumefacta.

Todo se unía a los recuerdos, a los nombres, a los rostros amigos. Sobresalian los ojos tristes de su mujer, mirándolo desde el fondo de un pozo. Qué hacía allí?. La verdad, es que todo estaba en el fondo de un pozo.

No recordaba desde cuándo. Sentía sí, en algún lugar de su cerebro, que esto no era normal. Sabía que hubo sol. Le dolía también pensarlo, porque no era nada definido, sino más bien una lenta neblina, que tendía a ocupar todos los espacios claros.

¡Qué vida tan miserable!. Pero hubo amor sencillo y lucha terrible. Luego vinieron los niños. ¿Cuatro, Cinco?. Ahora no recordaba. Sus pequeños rostros asustados se entrecruzaban en el doloroso ahogo que le envolvía.

El brazo volvía a dolerle. El cuerpo. Las uñas. El pelo. Los ojos hinchados. Cuántos días?. Cuántas golpes?. Cuántos dolores?.

- Querías matarnos, desgraciado?.

- Contesta!. Quiénes son los activistas?.

¿Quiénes?. Todos. El, su mujer, sus amigos. Todos creían en

la vida. Todos luchaban por hacerla bella, por transformarla, por liquidar las injusticias. Sólo que esto no lo entenderían. Por eso apretaba los dientes, mientras los culatazos caían por todo su cuerpo. Se desmayaba. Volvía en sí. Perdía la noción de su cuerpo. No podía detenerlo. No lo controlaba. Cada día. Cada pregunta. Cada alarido. Cada grito. Cada lágrima, se condensaba en su brazo derecho, sólo que de pronto, la sensación era extraña, como si un gran miembro deformado ocupara un sitio en ese lado de su cuerpo.

- Mellaaaaa!.

Quiénes lo llamaban?. Era ése su nombre?. No. Su nombre era Alberto. Claro, sólo sus amigos sabían el otro. Lo utilizó antes. Cuando quisieron destruirlos. Sus amigos se extendieron por la sombra de muchos pueblos; por las noches de muchos años; se juntaron en todos los rincones; hicieron la confusión una serena conducta y volvieron a la vida con todas sus banderas.

Sonrió y aunque aquella sonrisa se transformó en una mueca, entendió que era él, convertido en una llaga viva casi; pero era él: era Mella. Aunque quisieran matarlo; aún cuando lo destrozaran sistemáticamente, todos los días, era Mella; y con eso, en medio de este pozo, en mitad de estos dolores, era como si contemplara Temuco, un domingo con sol, con volantines, talvez, desde la cima del Nielol. Sonrió de nuevo. Sí, era Mella, de casa en casa; animando; llevando ideas; proyectos; conduciendo; portando luz; apartando el temor. Era Mella, creyendo en la vida y la justicia.

Pensar en eso le ayudaba, porque el dolor parecía concentrarse. Volver a la carga; diseminarse por su piel y retornar a su brazo; morder allí. Triturar allí, como una rata gigantesca; destrozarse allí, con furiosos colmillos invisibles. Por ello quería evadirse. Y cuando desde el fondo de su subconciencia reventaba de nuevo el llamado, él sonreía:

- Mellaaaaa!.

El Nielol. Allí estaba, junto a él. Si hasta podía aspirar el aroma húmedo que se desprendía de los centenarios árboles, de los caminos umbrosos, de donde colgaban las verdes guías de los copihues, como flores de piedra, sin aroma, pero intensamente bellos. Sólo que ahora, de improvviso, aún cuando él no lo quería, aún cuando luchaba con todas sus fuerzas para que ello no ocurriera, aquella fragancia de tierra, de raíces, de flores, de hojas, se juntaba con el olor a orina, a sudor, a excremento, que parecía ascender desde las piedras, desde el cemento, de sus ropas raídas, desde su piel sucia, desde

su boca reventada.

Era viento de lluvia?. Iba, talvez, por los caminos de la provincia; dejando atrás el Cautín indomable; llegando a los ranchos campesinos; sintiendo el ladrerío de los perros y viendo el rostro hermético de sus hermanos mapuches, que pugnaban por extraer un trigo miserable y raquítico, de las escasas tierras en que les habían confinado.

En aquellos lugares se reunieron, tantas veces, los hombres, las mujeres y los chmiquillos. En todos aquellos lugares hubo esperanza, porque la esperanza es pegajosa; porque cuando se unta uno los ojos con élla, ésta se trasmite y porque la miseria es la mejor senda para que camine y porque las humillaciones, son las mejores conductoras y porque aun cuando signifique acumular un odio intenso, no es odio para matar, sino para conseguir vida. Eso hizo él, Mella, Molina. Eso hizo, no planes para matar, sino para conseguir vida; para lograr que las chozas de los campesinos pobres, tuvieran esa canción, esa tranquilidad y para que sus niños no tuvieran el vientre hinchado por el hambre; el vientre hinchado y doloroso. Por allá, están los bosques; esos son juguetes; esos son distracciones para los niños dolorosos con los vientres hinchados de hambre.

Junto al dolor también sintió hambre, como una arcada seca; como una punzada dolorosa, como una rasmilladura lenta por sus intestinos. Sabía que aunque le dieran algo, no podría comer, no podría tragar nada, sería mejor tragarse los dolores, porque en vez de pan le traerían nuevos golpes, desgarrantes; nuevos golpes que empezaría a doler en forma rabiosa primero y luego, tenues. Le parecería, como ya le ocurrió antes, que los golpes sólo resonaban en su cerebro; en forma isócrona, como el golpear de un hacha sobre un leño; pero que no era a él, a quien dolía, sino afuera, en los caminos, por las sombras, por la noche, por los ojos cansados ^{y combatives} de su mujer, por las pequeñas manitas de sus niños.

Se movió lentamente y creyó sentirse traspasado por un filudo punal. Escuchó un sonido como el interminable aullido de una locomotora. Como fierros que se quebraban. Pero No. Era la puerta que se abría. Eran pasos. Vio cerca de su cara un zapato de un militar, como una montaña, el que pareció elevarse, volar e incrustarse cerca de su hombro.

= A trabajar, comunista!

Perdió el conocimiento.

Se abría paso con lentitud. Todas las ramas de los árboles querían atajarlo. Volvía a empezar. El dolor se reunía en torno a su brazo derecho. Sólo que ahora estaba bajo el aire azul y negro de Lota,

entre las maquinarias, los rieles, las bodegas, entre las poleas incansables, entre el tornaolado brillo del carbón extraído a fuerza de tanto sufrimiento. Estaba joven, diecisiete o veinte años, quizás No lo sabía. Ahora, aquí, junto a los dolores provocados por las torturas inmisericordes, tenía siglos, eran siglos de sufrimientos acumulados, mancillados, oprimidos, convertidos en golpes, en desgarramiento. Pero, de nuevo, le daba el sol en la cara, o la lluvia, y ésta parecía lavar su rostro, convertirlo en niño, obligado a trabajar, a dejar la escuela, a sudar sobre no sé qué cosa, pero cerca de esas poleas que giraban incommovibles. Cuántos años?. Sentía gritos, sus propios gritos rechinantes y veía con pavor como esa polea engullía su brazo derecho, en una confusión de miedo, de sangre, de huesos rotos; pero sobre todo de sangre, corriendo como río, enrojeciendo su rípa, sus ojos; enrojeciendo sus cabellos; enrojeciendo su vida; sus años de juventud; quebrando; moliendo su brazo. Entonces, él luchaba, pero su brazo estaba deshecho, cortado, inútil.

Ahora entendía. El dolor podía concentrarse en su lado derecho, en un brazo imaginario. Este había sido cortado allá, bajo el cielo azul y negro de Lota, hacía innumerables años.

Su mente había creado un órgano inexistente. Había unido el dolor como una defensa, para poner un cerco, para resistir. Para proteger sus treinta años de combate, su condición de miembro del Comité Central.

- Contesta, manco de mierda!.

Claro, manco. Comprenderlo lograba que sus dolores se aposentaran en forma real en su cuerpo. En todo su cuerpo, en toda su piel, en todas sus células.

Qué pasó?. Sólo tres años. Casi se unía la alegría de esa victoria, victoria que abría todas las ventanas, que rompía todos los surcos, que salía a todas las pupilas; con esta dolorosa derrota, derrota, derrota que cercenaba todas las conquistas, que retornaba con el miedo, que oscurecía a fuego todos los ojos, que parecía sueño. Un sueño del que se quería despertar. Un horroroso sueño, por su crueldad por su sadismo, por la bestialidad, por el desprecio con que le trataba. Algo recordaba. Lo detuvieron, irremediabilmente, en forma casual, en un allanamiento practicado por los soldados. Fue en algún lugar de Temuco, en alguna casa de tejas rojas, a lo mejor, llovía en ese momento. No lo sabía. No opuso resistencia. Era una locura. Eso esperaban que hiciera. Lo miraban con el dedo puesto en los gatillos de los fusiles. Golpeándolo. Humillándolo. Escupiéndolo.

- Té pillamos, manco!.
- Arranca, manco, zunco!.
- Huye, zunco, sabemos que eres el jefe de los comunistas.

Los golpes empezaron de inmediato. Las preguntas. El dolor. Sólo entonces, pensó en morir;. Más bien sintió que iba perdiendo fuerzas. Que volvía a caer, lentamente, girando al mismo pozo, y allí iban mezclándose los dolores, el Nielol, el Pichi-Cautín, los copihues, su brazo húmedo de sangre, los ojos de su mujer y su dental siempre limpio, los rostros de sus hijos; los niños con los vientres hinchados; el cemento; las piedras; la sensación de irse; de difuminarse; de unirse a la luz; a la lluvia incesante golpeando casas de techos rojos.

Por entre los ojos entrecerrados distinguió los uniformes. Estaba amarrado. Ellos le miraban, sin que le vieran, verdaderamente. Frente a él, erguidos, implacables. Vio el ojo negro de los fusiles apuntándole. Allí estaba el pozo. Allí se unía todo. Sus bocas negras, sin ninguna luz, sin esperanza!

Las detonaciones que le mataban, le parecieron un largo grito:

- Mellaaaaaaa!!!.

§§§§§§§§§§

La Junta fascista entregó la siguiente mentirosa información
" Identificado uno de los extremistas muerto, que en un acto suicida, quiso volar el polvorín del Regimiento Tucapel de Temuco. Su nombre es FLORENTINO ALBERTO MOLINA RUIZ, de 45 años".

Noviembre, 15 de 1973.-